Cuestiones de terminología en la Dirección General de Traducción

JOSEP BONET
Comisión Europea

En la última edición de este congreso[1], el entonces traductor miembro del público y hoy ponente proponía liquidar al terminólogo y convertirlo en exterminólogo. El traductor añadió a continuación que se trataba de una *boutade* y que nada más lejos de su intención que proceder a tan salvaje exterminio. Pero el caso es que se hizo públicamente la pregunta de si era pensable una vida en la que los terminólogos no formaran parte de una estructura de apoyo. Al hacerlo, lo más probable es que no manifestara una convicción surgida por generación espontánea, sino que transmitiera una sensación —como quien dice un *filin*— que estaba en el aire. Esto debe de ser así, puesto que poco más de doce meses después la autoridad investida del poder de hacer y deshacer pudo y deshizo. La Terminología con mayúsculas, la unidad que, con nombres y organizaciones diversas, se había encargado desde tiempos remotos de la creación, fijación y difusión de terminología en lo que por aquel entonces se llamaba Servicio de Traducción de la Comisión Europea, fue disuelta y los terminólogos finalmente heredaron el ominoso prefijo que los convirtiera en algo que suena a raticida. Casualidad de casualidades, el ponente dubitativo y preguntón, que no disolvente, acabó con sus huesos allí donde se gestionan las herramientas de terminología. Y así, a hierro muriendo por haber a hierro matado, me hallo en la tesitura de presentarles los trabajos en curso en materia de terminología. Lo cual nos hace pensar en aquel viejo dicho que mezclaba los viajes con las alforjas.

No nos dejemos llevar, no obstante, por el fácil recurso a refranes de supuesta sabiduría popular. Quizá el viaje emprendido sea de mayor envergadura de lo que pudiera parecer. Empecemos por analizar las premisas sobre las que se basaba el zapatazo del otrora traductor. En su

[1] I Congreso «El español, lengua de traducción». Almagro, 12-14/5/2002. Sesión de preguntas consecutiva a una ponencia. Suceso no documentado.

visión de las cosas, el papel del terminólogo en cuanto especialista desgajado de la realidad del hecho traductor había perdido vigencia. El terminólogo alimentador de bases de datos —o de ficheros en cajas de zapatos, tanto da— se justificaba en la dificultad de acceso a las fuentes de información. Estas eran escasas y dispersas. No se hallaban al alcance de la mayoría de participantes en la actividad de traducción. De ahí nacen, en la estructura clásica de las grandes organizaciones con servicio de traducción, los departamentos de documentación o referenciación y de terminología. La actividad de traducción se trata como en las cadenas de producción clásicas, con una serie de etapas ordenadas linealmente de manera que hay que completar cada una antes de poder pasar a la siguiente. Referenciadores y terminólogos preceden a traductores, que vendrán seguidos de mecanógrafos, revisores y más mecanógrafos. Esta estructura no existía como tal en el Servicio de Traducción que yo conocí. No puedo hablar más que por la división española, y aún por su componente menor, la sede de Luxemburgo, pero referenciar siempre fue una tarea asumida por el traductor y la búsqueda terminológica en Eurodicautom, también. Muy probablemente influyera en ello el hecho de que la temática abordada era amplia y las referencias a documentos anteriores, la excepción a una regla según la cual primaba el texto nuevo sobre el antiguo. La introducción del ordenador en los despachos individuales y los sucesivos avances tecnológicos, especialmente el advenimiento de la web, acabaron de modificar el esquema mencionado tipo cadena de producción fordiana por el nuevo paradigma en vigor en las actividades fabriles: la producción integrada. De golpe, el traductor asumía tareas de mecanógrafo, documentalista, revisor por horas y, colmo de colmos, terminólogo.

En efecto, la apertura e interconexión de recursos, gracias a la tecnología asociada a la web, ha permitido que cualquiera tenga acceso a todo el saber compartido. Ya está todo solucionado, pues, se dijeron algunos: cada traductor será un terminólogo y los terminólogos se convertirán en traductores. ¡Si todo fuera así de fácil!

Este planteamiento es voluntarioso y atractivo, pero incompleto y falaz. Podemos argüir en su contra que no todo el saber está en la Red, por ejemplo. Que una parte del saber está en bases ocultas, es decir no puestas a disposición del público o accesibles, pero no a través de los motores de búsqueda al uso. Podemos esgrimir argumentos del tipo que el saber también está en los folletos, los libros, las revistas o los periódicos. Incluso en las mentes privilegiadas de personas concretas. Podemos incidir en la multiplicación innecesaria de esfuerzos repetitivos que se produce cuando la misma cuestión terminológica es abordada varias

veces por varios traductores. Podemos hablar cuanto queramos, pero lo esencial es plantear soluciones a la situación de hecho con la que nos encontramos: la desaparición de un grupo organizado de personas que realizaban un trabajo coordinado de terminología y su sustitución por una estructura difusa y altamente descentralizada en la que cada lengua se encarga de organizar su propia terminología.

Lo que debemos hacer, pues, es encontrar maneras de subsanar las deficiencias detectadas. Veamos algunas vías posibles de salida.

La ley del mínimo esfuerzo

Por un lado, hay que dotar de medios al traductor para que pueda realizar su trabajo de terminólogo en buenas condiciones. A diferencia del terminólogo clásico, que disponía de conocimientos especializados y mucho tiempo para consultar múltiples fuentes, el traductor *todoterreno* se ve sometido permanentemente a la presión del trabajo, con nuevos textos esperando la conclusión del que se trae entre manos. Tan a presión está que uno de los conceptos esenciales de su trabajo es la presión —individual o colectiva—, guarismo indispensable en nuestros días para navegar en el mundo de la traducción institucional[2]. La presión es un concepto irreal, una proyección hacia el futuro que puede realizarse o modificarse, mera previsión. Pero a medida que el futuro se vuelve pasado, el cociente, ligeramente modificado, deviene productividad, que sí que es real y por la que será medido el traductor. Así pues, es preciso maximizar el numerador —aumentar al máximo el producto final, es decir la traducción— y minimizar el denominador —disminuir al mínimo el tiempo empleado en obtenerlo—. La única solución es la integración de fuentes múltiples en un solo mecanismo de búsqueda, lo que se llama un metabuscador. Un dispositivo de este tipo existe actualmente en la DG Traducción. Aun siendo de construcción poco elaborada, resulta relativamente cómodo y permite acceder a fuentes que, de otra forma, posiblemente no se consultarían. No hay que olvidar que la inercia también es uno de los factores en juego y que hay que luchar permanentemente contra la tendencia a recurrir a una única fuente de referencia. Otra ventaja adicional de este enfoque es que permite superar el problema creado por la gran variedad de bases existentes sin necesidad

[2] La presión se define como el número de páginas de 1.500 caracteres que un individuo debe traducir diariamente para sacarse de encima el trabajo recibido en los plazos establecidos. Se calcula como sumatorio del cociente entre el número de páginas de cada documento y el número de días realmente disponibles para traducirlo.

de copiar contenidos de unas en otras, ya que la suma de contenidos se realiza en el momento de la consulta y no en el momento de la construcción. Adicionalmente, el traductor puede hacerse más fácilmente una idea sobre la fiabilidad de la solución terminológica encontrada al quedar claramente establecido su origen. En el futuro, no obstante, quizá convendría disponer de un mecanismo similar más refinado que integrara también los resultados de las consultas en una misma pantalla, pero distinguiendo claramente entre los orígenes diversos de las diferentes soluciones.

No obstante, quizá hayamos llegado tarde para algunos. Muchos traductores parecen haber superado la etapa de las bases de datos terminológicos, y hasta de los metabuscadores de bases terminológicas. Se les puede oír decir que ellos «ya casi no consultan Eurodicautom», que «pueden encontrar todo en Google». No entraré a discutir la opinión que tales posturas me merecen, especialmente porque intuyo que en lo esencial son exageraciones. Pero lo cierto es que los buscadores de internet han revolucionado el panorama terminológico en estos últimos años. Casi todo está en la Red. Si bien es cierto, como algunos no se cansan de repetir, que de todo hay, como en botica, lo bueno, lo menos bueno y lo rematadamente malo, también es verdad que se pueden encontrar muchas soluciones que antes no estaban a nuestro alcance. Claro que hace falta mucha maestría para hacer las buenas preguntas, mucho discernimiento para separar el buen grano del grano averiado y mucha intuición para dar con el término en la lengua de llegada, pues no hay que olvidar que la Red es básicamente monolingüe: o, como diría Don Indalecio Prieto, es multilingüe a fuer de monolingüe. Pero, ¡sea! Demos por aceptado que Google es la nueva herramienta terminológica de preferencia. No podemos olvidar que es una herramienta que puede requerir una cierta inversión de tiempo si el problema es verdaderamente difícil. Y que toda inversión exige rendimientos. La única manera de obtenerlos es el reciclaje de resultados.

La verdad está en el corpus

Los traductores especializados saben que, en materia de terminología, es esencial mantener la coherencia y evitar la alternancia de términos, que puede aligerar un texto, pero lo hace de más difícil comprensión, si no directamente incomprensible. Una de las funciones generalmente atribuidas a las bases de datos terminológicos es, precisamente, la de favorecer dicha coherencia al dar respuestas únicas para cada problema. Luego, la realidad va a veces por otros vericuetos y resulta que la consulta

de Eurodicautom suscita más dudas que las que resuelve, pero eso es harina de otro costal.

Ya que mencionamos la realidad, sigamos en ella. Cuando en el antiguo Servicio de Traducción se pudieron consultar electrónicamente todos los documentos traducidos por su millar largo de traductores, más de cien por lengua en aquella época, se pudo ver algo muy interesante, aunque previsible. Por haber tan ingente cantidad de personas traduciendo textos y tal variedad de temas abordados y como, además, un gran número de textos, quizá la mayoría, no dependía directamente de un texto precedente, sino que era de nueva factura o *fusilado* sin que el autor confesara sus fuentes de inspiración, resultó que los mismos conceptos se habían traducido y se seguían traduciendo de formas diversas en función del traductor, del estado de ánimo de aquel día o vaya usted a saber de qué.

Pero la misma herramienta que permitió descubrir la situación permitió empezar a ponerle remedio. SdTvista era su nombre, hoy sustituido por un anodino *vista* tras la mutación de SdT en DGT. Con *vista* resulta sencillo encontrar todas las ocurrencias de un término dado en una determinada lengua en todas las traducciones realizadas en la última década, con la posibilidad adicional de restringir la búsqueda a un servicio autor dado o de exigir que exista una traducción hacia determinado idioma, por ejemplo. A partir de la lista de resultados, se puede refinar la búsqueda por adición de algún criterio adicional o se pueden visualizar los documentos. Para cada documento se puede ir directamente a las sucesivas ocurrencias en su interior. Ello puede realizarse, además, en visualización paralela casi sincronizada de dos lenguas, lo que permite identificar rápidamente la traducción buscada. De este modo, y tras comprobar las traducciones contenidas en diversos documentos, con diversos contextos, diferentes autores y traductores variados, podemos deducir que una cierta traducción es la más apropiada para el texto de que se trata.

Pero *vista* es manifiestamente mejorable. Tiene la gran ventaja de ser completa. Pero hay que ver cada documento, ir hasta el punto en que aparece el término, si se pierde la sincronización —y se pierde al cabo de un tiempo— desincronizar, alcanzar manualmente el paralelismo entre versiones y volver a sincronizar, etc. Afortunadamente, existe algo mejor que nos viene de la mano de las tecnologías de memorias de traducción: la concordancia.

Como recordatorio para aquellas personas menos puestas en memorias de traducción, explicaremos en qué consiste la concordancia. (Quienes dominen bien el tema, pueden pasar directamente al párrafo

siguiente.) Una memoria de traducción, esencialmente, es una colección de segmentos bilingües, adobados con una serie de atributos, como nombre del traductor, nombre del documento, ámbito temático, fecha de modificación, etc. Cada segmento está compuesto por un grupo de palabras que empieza y acaba en un separador. El separador más típico es el punto, por lo que el segmento más habitual es la frase, pero se suelen usar como separadores también el punto y coma y los dos puntos, por lo que el segmento puede ser de longitud inferior a la frase. Dichas frases o trozos se almacenan en dos lenguas: la lengua origen y la lengua meta. Un programa informático procede a segmentar el texto origen y a comparar cada segmento con el contenido de la memoria. Tras la comparación, propone segmentos idénticos o parecidos al que hay que traducir. Caso de existir más de un segmento posible, los propone por orden de semejanza, de más semejante a menos semejante, siguiendo una lógica difusa. El operador / traductor elige el segmento propuesto que más le interesa, modifica, si fuese preciso, la lengua meta, salva el nuevo segmento —en lengua origen y meta— en la memoria y pasa a tratar el siguiente segmento. En este proceso sucede que muchas veces no hay segmentos archivados con un nivel de semejanza suficiente para que el programa los proponga. En tales casos el operador debe traducir el segmento íntegramente. Mas le cabe la posibilidad, si algún término se le resistiese, o si pensase que dicho término figura en algún punto de la memoria, de utilizar la función de concordancia. El programa le mostrará entonces los segmentos de la memoria que contienen el término; y los mostrará en las dos lenguas archivadas. La concordancia actúa, pues, como herramienta de terminología y de coherencia.

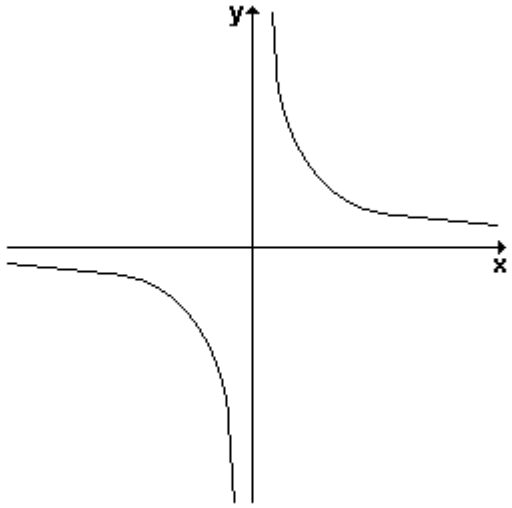
En la DG Traducción disponemos de una gran memoria de traducción, la LRD de Euramis, generalmente llamada Euramis *tout court*. Las memorias con que trabaja el programa de memorias (actualmente Trados TWB) son exportadas a Euramis de manera que todos los traductores pueden aprovechar las traducciones realizadas. Para ello, una comparación del documento original con el contenido de Euramis permite crear la memoria «local» que se usará durante la traducción. Euramis no contiene todas las traducciones hechas en la DGT, solo una parte de ellas. Pero la información contenida está completamente sincronizada, puesto que está segmentada en versiones bilingües. Lo interesante es que Euramis está dotado de un mecanismo de concordancia, como el del programa de memorias. Así es posible pedirle que encuentre un término en una lengua y su traducción a otra. El tiempo de respuesta es corto y el resultado es perfectamente paralelo. Además nos indica si se trata de una traducción directa (en el mismo sentido en que se realizó la traducción del segmento)

o inversa (en sentido contrario). Y nos da el término en contexto, además de darnos toda la información contenida en el segmento: número del documento, nombre del traductor, etc. Hete aquí una herramienta de coherencia terminológica esencial. Con ella el trabajo de investigación realizado por un traductor no queda perdido en la masa de traducciones entregadas y archivadas, sino que puede ser reutilizado fácil y eficazmente por sus compañeros, con lo que todos ganan en productividad y calidad.

Queda claro de lo dicho que lo que convendría aquí es combinar las ventajas de exhaustividad de *vista* con las de rapidez y comodidad de la concordancia. La convergencia puede adoptar diversas formas, desde la consistente en que todos trabajen con memorias y archiven su trabajo en Euramis, a la consistente en alinear (segmentar) todas las traducciones producidas o que los alineadores mejoren de tal modo su calidad que los documentos archivados puedan serlo al mismo tiempo en formato nativo y en forma de segmentos alineados. Posiblemente una combinación de formas sea la solución preferible e intuyo que XML como formato no puede quedar fuera de toda eventual solución final. Pero eso lo podremos ver en sucesivas ediciones de este Congreso. O así lo espero.

Ampliar las bases

A estas alturas, ya hemos visto que el traductor asume papeles de terminólogo y, en plan Juan Palomo, cocina y deglute todo lo que puede. Pero hete aquí que algunos de ellos tienen una cierta conciencia de la labor que realizan. Maticemos: seguramente todos ellos tengan tal conciencia. Pero no están lo suficientemente sensibilizados, o más bien mentalizados, como diría un deportista, para reflejar los hallazgos resultantes de sus búsquedas en fichas terminológicas. En el pasado se realizaron campañas de promoción de lo que se llamó «terminología local», es decir no oficial, o sea no incluida en la base de datos Eurodicautom. Pasadas las primeras y lógicas euforias, el número de fichas registradas, describiendo una hipérbole del tipo $x \cdot y = k$, forma una larguísima asíntota horizontal de valor tendente al cero patatero.



$x \cdot y = k$

Renuncio a opinar sobre el fenómeno y me limitaré a recordar lo dicho: que la nueva orientación de las tareas de terminología convierte a cada traductor en un terminólogo potencial. Mas su herramienta de trabajo ya no es el fichero local (Multiterm, Word o Excel), sino la nueva base de datos interinstitucional IATE, megabase que reúne o reunirá los contenidos de Eurodicautom y de las demás bases de terminología de las instituciones europeas. Y también las diferentes bases Multiterm que aún circulan por la red interna de la DG Traducción. IATE es una base de alimentación interactiva, con una diversidad de roles. Cada (persona con rol de) traductor podrá preparar su ficha, si así le place. Algunas personas por lengua serán habilitadas (= recibirán un rol de terminólogo de su lengua) para poder validar el contenido y completar las fichas, si ha lugar a tal cosa. A partir de dicha validación las fichas estarán disponibles a todos los que tengan derecho de consulta de la base. Otras personas podrán añadir nuevas lenguas, con sus correspondientes términos, definiciones, referencias, etc.

Este es un reto nuevo que hay que aceptar y que conviene superar con éxito. Es sabido que, incluso cuando la terminología se hacía en una única entidad y todos los terminólogos estaban sometidos a las mismas reglas y la misma cadena de mando, los errores no eran infrecuentes. No es obvio trabajar con métodos estrictos, respetando todas las reglas establecidas. Los resultados lo muestran. Periódicamente observamos aún fichas que escaparon en su día al control. Las dobles entradas, por poner un ejemplo, no deberían existir en una base terminológica. Pero existen, y no pocas. El otro día descubrí algunos que otros miles de fichas con una

abreviación y los términos correspondientes en las diferentes lenguas situados en el campo Nota. ¿Qué pasará ahora que los responsables de validar no forman parte de la misma entidad? ¿Seremos capaces de coordinar una veintena de lenguas para que todas observen las mismas reglas? Las dobles entradas son más fáciles de evitar ahora, pues la nueva base, en el momento de la creación de una ficha, detecta la posibilidad de que el término esté repetido, pero el autor puede determinar que no se trata de un doble y seguir adelante. ¿Y si el autor no crea la ficha interactivamente, sino que prepara un fichero para alimentar por lotes una serie de términos? Entonces no existe control, si bien se pueden hacer búsquedas de dobles una vez incorporadas las fichas.

Otros elementos de este reto. Cuando se hacía terminología en una unidad, la mayoría de las fichas se creaban en todas las lenguas disponibles. Ahora esto ya no será así. Las fichas serán bilingües. Creadas interactivamente, el control de dobles permitirá que el siguiente intento de generar una ficha con una de las dos versiones ya existentes y una tercera lengua se salde con una ficha trilingüe en lugar de dos bilingües. Pero, ¿es posible completar la ficha hasta hacerla icosalingüe? Es posible, pero aún desconocemos a qué coste. En teoría, si el término presenta suficiente interés y aparece en un documento traducido a todas las lenguas, todos los Departamentos querrán crear una ficha con él y se llegará naturalmente a la ficha completa. Pero probablemente la realidad será más prosaica. Entonces habrá que organizar batidas de fichas, rastrear aquellas fichas recientes que contienen tres, cuatro, cinco lenguas únicamente y «encargar» las versiones que faltan a los responsables de las lenguas respectivas. Y confiar en que los términos en cuestión les parezcan interesantes. ¿Requerirá tal cosa muchos recursos humanos? No lo sé aún. La próxima vez, si aún estamos ahí para contarlo, se lo diré.

Man gave names to the animals in the beginning

También tendré que contarles cómo nos ha ido con la terminología que de verdad me —nos— tiene que preocupar, la nuestra propia. Porque, si importante es encontrar el nombre de las cosas que otros inventaron, más importante es darle nombre a los asuntos de uno mismo. Nombrar un objeto o un concepto equivale a apropiárselo. El nombre es el sello que confiere un derecho de propiedad. Las instituciones europeas, y por encima de todas la Comisión, con su capacidad de iniciativa legislativa, generan multitud de conceptos nuevos cada año. Todos ellos acaban traducidos a todas las lenguas oficiales, pero la traducción puede hacerse en orden cerrado o en orden disperso. Para mí es obvio que merece la

pena hacerlo de común concertación entre todos los implicados. Pero hacerlo así exige esfuerzos. Y no pocos. En efecto, hay que detectar el concepto nuevo cuando aparece, lo cual no es fácil. Si se trata de términos realmente nuevos, como en su día la subsidiariedad o la empleabilidad, es más fácil darse cuenta de su valor neológico (aunque, si se me permite una pequeña incursión en lo personal, confesaré que en la asignatura de Formación del Espíritu Nacional, en mis años mozos, ya estudié el concepto de subsidiariedad con exactamente el mismo significado que se le otorga en nuestra politología moderna). Pero muchos de los términos de nuevo cuño no lo parecen. De no cruzarnos repetidamente con ellos, se diría que son expresiones corrientes. La mayoría de los términos que creamos en nuestros días son de reempleo. Ya no construimos palabras nuevas, sino que damos nuevos significados a palabras viejas. Jugamos con las metáforas, con las imágenes. Complicamos la cosa. Por poner un ejemplo, recurriré a un término que no es comunitario, sino del mundo exterior, aunque se usó con profusión cuando la Cumbre de Lisboa, la que previó que, en diez años, Europa sería la más avanzada de las sociedades basadas en el conocimiento. Personalmente fue la primera vez que vi empleado el término inglés *gap*. Fue en un documento que mencionaba cinco tipos de *gap*. Por aquel entonces no se hablaba aún de «brechas». Recuerdo haber buscado sin éxito en las bases de datos al uso. Busqué en traducciones anteriores y vi que los traductores habían descrito el término. Cada vez que aparecía explicaban el concepto, en lugar de acuñar un término. No sé si habrían podido hacer otra cosa, pero para mí, a aquellas alturas, ya era claro que había que encontrar una traducción «oficial».

En otros casos, por suerte, se ha anunciado la introducción de una nueva terminología y hasta se ha pedido que se den versiones oficiales en todas las lenguas. Fue el caso de la gobernanza. Cuando la Comisión preparaba su Libro Blanco sobre la gobernanza europea, solicitó a los responsables de las diferentes lenguas la traducción oficial de *governance*, de *civil society* y de uno o dos términos más. De todas formas, tanta felicidad no es buena para el hombre humano, por lo que no es habitual que tales cosas sucedan.

Hay, pues, que organizar una red que pase por el tamiz los documentos que se escriben y circulan, analice su contenido e intente identificar la terminología naciente con vistas a encargar su traducción en todos los idiomas. Con ellas se harían unas preciosas fichas que constituirían en parte la terminología normativa de la Casa.

En el principio fue el acervo o viceversa

Así llegamos naturalmente al último punto que quería abordar en esta charla, cual es el de la terminología normativa existente, el llamado acervo comunitario. El acervo, conjunto de todos los actos legislativos en vigor o derogados, es una fuente de primerísima calidad de terminología normativa. Es la terminología con valor de ley. Y toda ampliación, como la que se producirá dentro de unos días —escribo a finales de abril de 2004— empieza por la traducción del acervo a las nuevas lenguas. En el caso actual, su traducción a las nueve nuevas (estuve esperando hasta conocer el resultado del referéndum chipriota para completar la cifra) está casi completado.

Hete aquí pues que los traductores que trabajen con las nuevas lenguas ya tienen en qué basarse. Falta que lo encuentren, porque la información está sepultada en miles de páginas de legislación. No hay más solución que extraer toda la terminología útil contenida en la traducción del acervo comunitario y alimentar con ella la base de datos. Y eso es lo que estamos haciendo con el objetivo declarado de obtener 50.000 términos en cada lengua nueva.

El procedimiento es relativamente sencillo, a la vez que largo y no excesivamente apasionante. Hay que coger la versión inglesa y la versión de la lengua x —pongamos, para el ejemplo, que sea el checo— de cada documento y se alinean. Los segmentos alineados se incorporan a una base temporal de segmentos de traducción y posteriormente a Euramis. De este modo, además, se empiezan a rellenar las memorias de traducción, lo que no es moco de pavo. Dos terceras partes de los términos que se extraerán se seleccionan de Eurodicautom: son los considerados como terminología central o nuclear de la Comisión. El resto se selecciona del propio corpus por un análisis de repetición del que se eliminan los términos vacíos o demasiado comunes.

A continuación se buscan los términos seleccionados en los segmentos ingleses y se obtienen los correspondientes segmentos checos. Ya solo falta la parte final, donde hace falta alguien con conocimiento de checo. En efecto, aunque se puede delimitar dentro del segmento la palabra o las palabras que podrían ser la traducción de la original inglesa, es preciso extraer la única posible y además en su forma canónica. Para ello hemos recurrido a becarios y traductores independientes, puesto que no disponíamos de traductores propios. (Ahora que disponemos de ellos, están demasiado ocupados en traducciones más importantes / prioritarias.) Los recursos propios consisten básicamente en tres secretarias de nuestro

grupo que, a ratos, alinean documentos y comprueban y corrigen las alineaciones en lenguas como el letón o el maltés.

El método resulta mucho más productivo y económico que las alternativas manuales. Una parte de las propuestas generadas es descartada, pero la relación calidad-precio es excelente. Es interesante pensar en otras aplicaciones posibles de este tipo de enfoque, por ejemplo para extraer terminología de una familia de documentos con vistas a la externalización de su traducción, con lo que se puede ofrecer al traductor externo un glosario, que incluso podría servir para pretratar los documentos. Pero, una vez más, los emplazo a una próxima convocatoria. Está visto que esto no se acabará aquí. Aunque, de momento, mi contribución, sí.